



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: A cien años de la muerte de José Asunción Silva

Autor: Jaramillo Agudelo, Darío

Forma sugerida de citar: Jaramillo, D. (1997). A cien años de la muerte de José Asunción Silva. *Cuadernos Americanos*, 1(61), 91-106.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 61, (enero-febrero de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## A CIEN AÑOS DE LA MUERTE DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA\*

Por Darío JARAMILLO AGUDELO  
CRÍTICO COLOMBIANO

CON MOTIVO DE MI LECTURA ESTA NOCHE, y consciente del temor escénico redoblado que me produce la ocasión, me tomé el trabajo que es placer de volver a leer los poemas de José Asunción Silva. También emprendí la labor, más de castillo de naipes, de tratar de interpretar el significado actual de Silva en la poesía colombiana.

La habitual incomunicación entre nuestros países me conduce a dos aclaraciones previas. Una, que en esa revisión regresé a unas páginas sobre Silva escritas hace varios años y publicadas en la versión colombiana de la revista *Quimera*. Cuando escribí ese texto aún no habían aparecido cuatro biografías que vinieron luego ni el alud de artículos, ensayos, crónicas, rescates y remembranzas que ha producido en Colombia el centenario de la muerte del poeta.

Sin embargo, a pesar de los defectos de información que pueden tener unas páginas escritas antes de la publicación de las investigaciones biográficas, hoy más que nunca está acentuado el carácter que aquellas notas le atribuían a Silva: Silva como mito central de la poesía colombiana.

Aquí debo entrar en la segunda aclaración previa. Con la aludida incomunicación entre países, hablar de José Asunción como mito en un escenario distante de Colombia resulta tan exótico como si el tema fuera la mitología del pueblo wayú que habita en la Guajira o de la cosmología tunebo, el pueblo indígena que habita el oriente del país.

Sabemos que la verdadera geografía de la poesía es el lenguaje. No existe poesía colombiana o mexicana, existe la poesía en

\* Texto leído en el Palacio de Bellas Artes, ciudad de México, 28 de agosto de 1996.

español. No obstante que el universo es tan amplio como la lengua, como en toda construcción humana su conocimiento comienza por lo más inmediato. Es verdad que existen dioses tutelares de la poesía en nuestra lengua, desde Berceo y san Juan de la Cruz, pasando por Quevedo y Góngora, hasta llegar a Rubén Darío y a Neruda. Pero el hallazgo de las raíces comienza por el otro extremo, por los escritores locales que nos atan al pasado y nos legan la visión del entorno donde nacemos.

En cada pueblo, en cada aldea existe un cantor local. Vengo de Santa Rosa de Osos, donde el mejor poeta de la historia humana se llama Porfirio Barba Jacob, aquel poeta errante que nació en mi pueblo y murió en esta ciudad de México en 1942. Sin biografía hasta cuando un tozudo investigador, un espléndido escritor, Fernando Vallejo, persiguió sus huellas de aire y escribió la mejor biografía que se ha hecho por colombiano y de colombiano alguno.

Conté con suerte y el poeta de mi pueblo, el mejor poeta del mundo para todos los santarrosanos, es un poeta con cierto prestigio, que alcanza su cota más alta con su presencia en la famosa antología *Laurel*, de Villaurrutia y Paz.

En la graduación de mitos José Asunción Silva es nuestro mito nacional. Hoy por hoy no se trata de un poeta apollidado sino de un escritor vivo y vivificante, de quien los colombianos conocen y aman sus versos, un mito actuante en las más extrañas y más inesperadas situaciones. Entender a Silva como mito suena aquí como religión ajena. Siendo así, quiero ser meramente descriptivo y renunciar a todo proselitismo. Cuento mi cuento, el mismo cuento escrito hace años, con las correcciones que el paso del tiempo obliga a introducir en la siempre viva teología silveana.

\* \* \*

**S**ILVA es el primer poeta colombiano que se deja leer como un poeta de hoy. Como nuestro contemporáneo. Esto no ocurre con ninguno de los poetas anteriores y apenas con unos pocos posteriores.

Antes de Silva hay datos estadísticos curiosos, como que, en la Coloma, don Juan de Castellanos escribió el poema más largo de Occidente, 150 000 endecasílabos. Antes de Silva está el rescate, para especialistas solamente, que hace Lezama Lima del barroco: en el paquete vendrá Domínguez Camargo, ese jesuita que llamó a las murallas ‘‘párpado de piedra bien cerrada’’ y también le puso

nombres alegóricos a cada cosa. O, en lo anecdótico, puede estar aquel platónico amante de la Colonia, Francisco Álvarez de Velasco, que se dedicó a declararle su amor desde Santa Fe hasta México —de Santa Fe a México: cinco meses o más de camino que nunca recorrió— a sor Juana Inés de la Cruz. O esta otra sor criolla, una monja de clausura de Tunja, sor Josefa del Castillo, escribiendo a Dios tan apasionados poemas que hoy figuran confortablemente en antologías de poesía amorosa. Pero antes de Silva, esto, esta Colonia perdida, la Real Audiencia de Santa Fe, el casi inexistente virreinato de Nueva Granada en las Indias, es prehistoria, material de académicos.

Antes de Silva está el azar que junta la oportunidad de traducir versos para niños del inglés con el ingenio bogotano y la facilidad versificadora de Rafael Pombo, y está también ese único momento, que él maldijo siempre, a sus veinte años, cuando compuso la desconsideradamente extensa *Hora de tinieblas*. Antes y al tiempo está ese torrente de ingenio y mal gusto que forma parte, sin embargo, contra mi voluntad, debo decirlo, pero sin remedio, de la herencia estética colombiana, de la cultura poética popular, que es Julio Flórez. Antes están el humor poético de Gregorio Gutiérrez González, los nombres para tarea escolar de José Eusebio y Miguel Antonio Caro, de Rafael Núñez, de Jorge Isaacs, de Diego Fallón. Antes de Silva todos los versos escritos en Colombia son prehistoria, material de tos alérgica a los hongos que crían los libros nunca consultados de las bibliotecas. En prosa, debo admitirlo, anterior a él está la *María*, de Jorge Isaacs. Don Alfonso Reyes señala que

en la temática de la poesía americana la gota de miel, el destierro y el regreso, los murmullos del bosque o "soledad sonora", los ríos, las aves de presa y las ornamentales (cóndores, águilas, búhos, cisnes y palomas), el amor a Francia, el otoño, las princesitas modernistas, los pianos y las marimbas, etc., corresponde un sitio de honor al tema de las lágrimas.

Y luego agrega el escritor regiomontano: "Jorge Isaacs toma la pluma y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce, contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar". De los versos de Isaacs, el "clásico del llanto" como lo llama Reyes, no queda nada, sólo su novela. En poesía, el poeta más antiguo que conserva actualidad sigue siendo Silva.

Silva es el primer contemporáneo, pero a la vez es el génesis de la poesía posterior a él. Todo lo que ha venido después estaba ya en

él. Hay una vertiente que nace en Silva y va por Eduardo Castillo, por Aurelio Arturo, por Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara, Rogelio Echavarría, Giovanni Quessep, José Manuel Arango, Jaime García Maffla. Hay otra vertiente que nace en Silva —en el Silva de *Gotas amargas*— y continúa con Luis Carlos López, León de Greiff, Ciro Mendía, Luis Vidales, Jotamarío, la María Mercedes Carranza de “vainas”, Rubén Vélez. La cuestión es tan totalizadora, su presencia tan tenaz en la poesía colombiana, que aparte de ser el primero, el más antiguo y más actual contemporáneo de los poetas en Colombia, es también el centro de la poesía colombiana.

Cosa curiosa: existe en Colombia, entre los poetas, un consenso sobre la importancia central de Silva en la historia de nuestra poesía. ¿Desde cuándo ocurre esto? Es obvio que durante su vida y varios años después no fue así. Mientras Guillermo Valencia vivió, tampoco. Se diría que este reinado tiene algo así como cincuenta años. La mejor manera de establecerlo es mediante las antologías. Silva comienza a aparecer en antologías generales de poesía colombiana desde 1913. En 1914 el español Eduardo de Ory publica su *Parnaso colombiano* con un prólogo de Antonio Gómez Restrepo —el crítico oficial de la literatura colombiana durante la primera mitad del siglo xx— donde reparte medallas así: Julio Flórez es “el más popular de nuestros poetas”, Guillermo Valencia es “el más insigne lírico entre los colombianos que viven” y “el coro de nuestros poetas modernos aparece encabezado por José Asunción Silva”.

Silva continúa en el coro en 1935, cuando Carlos García Prada publicó su antología de líricos colombianos, donde escribe: “(Rafael) Pombo... es sin duda nuestro mayor poeta... Pombo y (Guillermo) Valencia son los maestros”.

En 1945 Silva sigue en el coro. Para Carlos Arturo Caparoso, el autor de la *Antología lírica, cien poetas colombianos*, el gran poeta es Guillermo Valencia “cuyo estro resonante es el acontecimiento más grande en la lírica nacional”.

En el mismo año, 1945, la librería Horizonte publica una edición facsimilar de los manuscritos de *El libro de versos* “permitiendo un amplio acceso a los documentos originales del poeta, con lo cual se puso en posesión de los estudiosos de la obra de Silva elementos importantes para la comprensión de su trabajo”, según escribe Gustavo Mejía.

En 1946 se publica un *Índice de la poesía contemporánea de Colombia*, con el siguiente subtítulo: “Desde Silva hasta nuestros días”. Es ésta la época en que, tras el texto demoledor de Eduardo

Carranza contra Guillermo Valencia — ‘Bardolatría’ — pasamos del reinado de Guillermo Valencia al imperio de Silva como centro de la poesía colombiana.

El mito se alimenta de leyendas. Está, claro, en primer lugar, el valor extrañamente mitificante del suicidio de Silva, a los 31 años de edad. Pertenece al terreno de lo irremediamente desconocido la causa del suicidio de Silva. O de cualquiera: ¿Qué deliberación condujo a? ¿Qué causa, qué amenaza? Será algo que en todos los casos se lleve la muerte también consigo. La muerte de la hermana, deudas de juego, ruina, ‘malos libros’, como le escribe Pombo a Rufino José Cuervo, éstas y muchas más causas se han jugado en esta baraja en la que todos ignoramos cuál fue la baza de la muerte.

A pesar de que el suicidio contribuya a la leyenda, y la leyenda vivifique el mito, y el mito sea por casualidad el principal poeta colombiano, la mala fe contra la poesía consiste en relacionar lo uno con lo otro: el suicidio, este suicidio, no convierte los poemas de su autor en mejores poemas. La poesía de Silva no es mejor porque Silva se haya suicidado. Es posible que el suicidio mismo no tenga nada que ver con la poesía. Es posible, hago cábalas en un terreno donde todas y ninguna se valen, que si hubiera encontrado las palabras, si la poesía lo hubiera acompañado aquella noche, es posible, digo, que no se hubiera suicidado; lo digo en serio, ya la versión circula: no, no hubo tal suicidio y, en este caso, perdonen ustedes, el *Nocturno* seguirá siendo el *Nocturno* y las *Gotas amargas* serán más que nunca el gesto de un *dandy*. El suicidio es apenas una de las leyendas proteicas que constituyen la veta trágica del mito Silva.

Hay varios más. Está, en primer lugar, una especie de destino fatal de su familia. El asesinato de su abuelo en la hacienda Hato-grande, hoy casa campestre de los presidentes de Colombia, la larga cadena de suicidios en su familia, que inicia Guillermo Silva Yáñez, su primo, que se elimina a los 22 años en 1860, la continúa el propio poeta en 1896, se prolonga con otro primo, Enrique Villar, que se sacó del mundo en 1904, a los 34 años de edad, aquí, en México, y culmina con su sobrino, Ricardo de Brigard y Silva, suicidado a los 28 años.

Está la muerte de Elvira Silva, su hermana, la mujer más bella de Bogotá, según testimonio unánime de los cronistas de su tiempo. ‘Sólo Isaacs merece cantarla’, se dice que dijo Silva y el médico Juan Evangelista Manrique cuenta que apenas expiró Elvira, nuestro poeta se encerró ‘en la cámara mortuoria... a contemplar a su venus dormida, haciéndole homenajes, como cubrirla de lirios y de rosas y saturarla de riquísimos perfumes...’.

A esta muerte se agrega, además, la leyenda verdadera o falsa, no importa, de la relación incestuosa del poeta con su hermana, originada, según algunos, en el poema de Guillermo Valencia "Leyendo a Silva" y, según otros, en el testimonio del médico Manrique que acabo de citar.

Está también esa especie de sino fatal de la vida de Silva. Su educación formal interrumpida a los 15 años, después de recorrer tres colegios. El viaje a Francia, donde deseaba quedarse viviendo a costa de su tío rico y que se acorta a un año, pues el médico Antonio María Silva, su tío abuelo, muere cuando el poeta está saliendo de Cartagena. Regresa a Colombia para asistir al comienzo de la ruina familiar cuando su padre muere y él se ve abocado a afrontar las siguientes circunstancias: imagínense un comerciante que vende artículos de lujo importados, desde pianos hasta paños de cachemira y, de repente, viene una crisis general, la moneda se devalúa, y las deudas en moneda extranjera suben escandalosamente mientras nadie en Bogotá tiene para lo necesario, mucho menos para los grandes lujos. El resultado final es la quiebra, que el poeta recibió iniciada y que él precipitó con malos negocios y gastos exorbitantes. La cadena fatal continúa con su frustrada carrera diplomática que se inicia con un puesto en Caracas bajo el patrocinio del todopoderoso presidente Rafael Núñez y que termina al año, cuando muere Núñez dejando a nuestro poeta sin padrino político.

Está también el naufragio del barco *Amérique* frente a la costa de Barranquilla cuando regresa de Caracas. Allí se salva de morir ahogado, pero pierde una colección de cuentos, la primera versión de *De sobremesa* reescrita apresuradamente después, en Bogotá, y muchos poemas, pues sobrevivieron copias que guardaban algunos amigos.

En Colombia se podría escribir una historia de "grandes textos" perdidos. Lo que nunca fue pero era genial, insuperable. La parte extraviada de esa obra maestra que es el "Gonzalo de Oyón" de Julio Arboleda. La novela de Eduardo Zalamea que se quemó el 9 de abril de 1948 y que era mejor por supuesto que *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Y, como culmen de este repertorio de literatura inexistente, puede añadirse el material que naufragó en el barco *Amérique* donde venía José Asunción de Caracas con todo lo que había escrito allí. Mejor, el lector ya lo habrá adivinado, que todo lo que conocemos de él: en este caso José Asunción sería el mejor poeta en dos literaturas, la literatura colombiana de textos reales y la literatura colombiana de textos inexistentes.



Están también los detalles anecdóticos que la fatalidad inventa. El mismo Manrique que cité arriba, amigo de Silva desde sus tiempos de París, cuenta que días antes del suicidio Silva fue a su consultorio y, utilizando pretextos, le pidió que le marcara en el pecho el sitio exacto donde queda el corazón. La víspera del suicidio, el 23 de mayo de 1896, son 14 los invitados a su casa, pero a última hora falta Daniel Arias Argáez y quedan 13 comensales. Cuentan que Silva se ofreció a servir, para evitar el número fatal alrededor de la mesa.

Está, no más faltaba, el acervo de leyendas gratas que acompañan el mito: la belleza física, la riqueza de muy joven, el viaje a Europa en plan de hijo de rico, cuando viajar era algo que se contaba en los libros, el buen gusto, el refinamiento, la gestión en Caracas.

En la primera versión de estas páginas, publicada en 1989, escribí los siguientes tres párrafos:

Sin una biografía que fije al personaje (como ocurrió hace poco, por milagro, con la biografía magistral de otro mito, Barba Jacob, seguido pacientemente por Fernando Vallejo), con la disposición que toda actitud de admiración lleva consigo, todos estamos dispuestos a repetir la leyenda, a alimentar el mito, que se retroalimenta con la calidad de su poesía, con la emoción de que sus versos son gozados en todos los niveles de circulación de la poesía.

Hasta aquí he dicho tres cosas. Que Silva es el primer poeta, que él es el poeta central y que además es un personaje mítico. De ahí se sigue un hecho abrumador: es, acaso, el poeta colombiano más estudiado. En esto compete también con Barba Jacob, pero no en la calidad de los estudios, que en el caso de Silva es bastante alta y en cuanto a Barba Jacob, salvo el ensayo de Hernando Valencia Goelkel, todo lo dicho antes de la biografía de Vallejo debe ser considerado, quizás, como balbuceos sin extremadas bases.

Tanto estudio, sin embargo, excluye en absoluto la alternativa de desmontar los mecanismos del mito Silva y, al contrario, por acumulación, contribuye a acrecentarlo, dado que las contribuciones a los niveles de lectura, al análisis literario de Silva, van renovándonos los textos, a la vez que las firmas que se han referido a él tienen peso específico propio, como Bowra o Juan Ramón Jiménez o Unamuno. Por otra parte, el mito se enriquece a fuerza de la escasez de datos sobre la vida de Silva. En realidad, de Silva se sabe poco y lo poco que se sabe es difuso, aparece como a través de versiones. Inasible, pues, como cabe esperar de un mito, existen unos pocos (por ejemplo, Cuervo Márquez, Rueda Vargas, Arias Argáez, Hernando Villa, Sanín Cano, Evaristo Rivas, Juan Evangelista Manrique) escritos biográficos sobre Silva, y los datos que éstos proporcionan son puntualmente repetidos posteriormente.

En los siete años que han pasado desde cuando escribí lo anterior, se han publicado cuatro biografías de Silva.

Monte Ávila de Caracas editó en 1992 *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra*, del escritor colombiano Ricardo Cano Gaviria, que rastrea con nueva información el periplo europeo de Silva y hace una lectura de tesis sobre la vida del poeta. Según Cano Gaviria, Silva padeció a lo largo de su vida del mismo mal de Madame Bovary, "esto es, la imposibilidad de conciliar el libro y el mundo", como lo explica Eduardo Jaramillo. Hasta el suicidio de Silva tendría un toque libresco. El mismo Eduardo Jaramillo desmonta el mecanismo lógico de la biografía de Cano Gaviria: "La vida de Silva es concebida como un texto con sus claves y su destino antes que con sus imprevistos y sus azares. De esta manera, el bovarismo, que aparece en un principio como la clave de los comportamientos del biografiado, define en realidad el sistema interpretativo del mismo biógrafo".

Las extensas y entretenidas 920 páginas de *El corazón del poeta*, la biografía publicada por Enrique Santos Molano en 1992, son tal vez el mejor fresco de la vida cotidiana de la Bogotá de la época de Silva. No conozco una investigación, sobre todo hemerográfica, tan exhaustiva como la que llevó a cabo Santos Molano durante veinte o más años, para su biografía. Puede decirse que el aspecto anecdótico está ampliamente cubierto. Pero la biografía está predeterminada a demostrar que Silva era perfecto, un ser humano inteligente, sensible, generoso, con convicciones políticas y que, precisamente por su actitud política, fue asesinado. A pesar de tanta precisión en el telón de fondo, la contundencia de las pruebas para llegar al asesinato de Silva es bien precaria y su análisis es meramente deductivo de detalles circunstanciales. Nadie, salvo Santos Molano, ningún reseñista, que yo sepa, cree que a Silva lo asesinaron.

No existe en Colombia un investigador de la literatura de las dimensiones de Héctor H. Orjuela. Este profesor del Instituto Caro y Cuervo y de la Universidad de California ha trajinado por la obra de Rafael Pombo transcribiendo de la endemoniada caligrafía del poeta más de mil composiciones, e indagando su vida para dejarnos biografía y fuentes completas y clasificadas. Escribió una historia de las antologías, lleva tres tomos de una historia de la literatura y aún no culmina la Colonia, ha rescatado de archivos desconocidos textos coloniales, es el director de la edición de Silva que realizó la colección *Archivos* de la UNESCO y publicó en 1991 *La búsqueda de lo imposible*, una biografía de José Asunción que, al contrario de la

hipótesis del asesinato, insiste en el suicidio por una razón que vale la pena citar textualmente: “Perdería la figura de Silva la atracción misteriosa que ya por cerca de un siglo ha despertado (en) la imaginación de las gentes”. Orjuela llega a esa piadosa conclusión, no obstante que su propósito era “hacer un deslinde entre el Silva real y el mitificado por la leyenda”.

Sucede que Orjuela, eruditísimo, construye la vida de Silva a través de los testimonios de los testigos y de los primeros biógrafos, que son, justamente, quienes han construido la leyenda. Y lo hace sin beneficio de inventario, hilvanando sin confrontar:

Esa credulidad —dice Eduardo Jaramillo— es una manera de acoger y ser acogido por una tradición. Refiriéndose, por ejemplo, al carácter dominante de doña Vicenta, la madre de Silva, Orjuela cita una impresión de Nicolás Bayona Posada que ha encontrado en un discurso de José Francisco Socarrás; quien llegue al final de esa cadena que teje la cita de una cita de una cita, encontrará que Socarrás legitima el dictamen de Bayona Posada aduciendo que éste “fue persona honesta y muy bondadosa (y que para) escribir lo anterior debió contar con fuentes de información muy respetables”. Tales juicios morales —bondad, honestidad, respetabilidad— consiguen aquí un doble propósito. En primer lugar, convierten cualquier duda crítica, cualquier reparo histórico, en una falta de delicadeza; en segundo lugar, se desplazan de uno a otro biógrafo en función de esa complicidad, de esa delicadeza: no menos delicado que Bayona Posada al opinar sobre doña Vicenta, lo es Socarrás al advertir la delicadeza de Bayona Posada; no menos que Socarrás lo es Orjuela al citar su cita de Bayona Posada.

Por el contrario, completamente falto de delicadeza es Fernando Vallejo, el biógrafo de Barba Jacob, quien escribió *Chapolas negras* en 1995, un documento demoledor, que comienza por poner en duda aun los testimonios de los testigos más inmediatos. El de Tomás Rueda Vargas porque era muy niño, el de Daniel Arias Argáez porque era tonto y ocultaba cosas, el del médico Manrique porque era mitómano, etc. Esta biografía, sin embargo, publicada después de las otras tres, posee una particularidad muy especial y en algún sentido, por fin, revela hechos nuevos sobre Silva. Con despiadada precisión y minuciosidad, Vallejo analiza las cuentas de Silva. “Su libro de contabilidad, nos dice, se había convertido en su diario íntimo”. Silva heredó unos negocios en crisis y Vallejo demuestra que precipitó la ruina. En el corte de cuentas de su quiebra indica que sus activos ascendían a 163 292 pesos y sus pasivos eran 207 064, de lo que resulta un déficit de 43 772, para repartir entre

44 acreedores. Ya en la ruina, el exactísimo Vallejo hace la siguiente cuenta:

Considere ahora el lector, guiado por mi sabia mano, si un hombre a quien le entraban en julio del 92, por ejemplo, 428 con 40 centavos por ventas de su almacén, su única fuente de ingresos, y tenía en ese mismo mes, por gastos del almacén, 239 con 20 centavos, y por gastos de su casa 530 también con 20 centavos, si ese hombre podía en buena lógica pagar alguna deuda. Y no les estoy poniendo el mes peor en ventas, que es abril del 93 en que vendió 100, ni el peor en gastos, que es noviembre de ese mismo año y con el cual se cierra el Diario, en el que se le van por los desaguederos de su casa 1 965 con 20, pues fue cuando les dio por ampliar a Chantilly. Claro que en este último mes del Diario él no tuvo gastos de almacén. Porque ya no tenía almacén.

En suma a Silva termina ejecutándolo todo el mundo: sus acreedores, el fiador de su padre, Guillermo Uribe, que también respaldó al poeta hasta cuando no aguantó sus despilfarros. Hasta su propia abuelita lo ejecutó, que lo garantizó con la casa donde vivía y tuvo que pagar la deuda.

Lo más impresionante de la presentación detallada de cuentas es el contraste que ofrece el comportamiento de Silva. Roberto Liévano tuvo en sus manos el libro de correspondencia de Silva; pocos meses antes de su muerte

aparecen no pocas notas dirigidas a los grandes sastres de París haciendo pedidos para su guarda-ropa. El Silva mundano, el Silva *dandy*, el Silva árbitro de todas las elegancias aparece allí fastuosamente. La última nota de pedido fue enviada un mes antes del trágico 24 de mayo. En número no inferior al de estas solicitudes figuran otras para los librerías. En el solo ramo relativo a productos químicos e industriales, hace pedidos a seis casas editoras. Y en lo referente a la literatura, sería cosa de no acabar.

Solicita catálogos de once editoriales parisinas, se suscribe a seis revistas. Vallejo agrega:

Como es averiguado y sabido, Silva guardaba en sus bodegas, para regalo de sus amigos, los más finos licores, de los cuales nunca probaba; en cambio, afirman sus íntimos que era un insigne bebedor de té... Por eso encontramos este párrafo, bien significativo, en una de las cartas para sus corresponsales de Londres: "Suplico a ustedes la compra y despacho por mi cuenta en paquetes postales y en cajitas de madera y lata o de plomo de 12 libras de té negro de la calidad más fina que venda la United Kingdom Tea Co."

Silva, pues, según la biografía de Vallejo, poco antes de su suicidio y al borde de su segunda quiebra económica, seguía viviendo una realidad completamente ajena a sus posibilidades económicas. Tomás Rueda Vargas, uno de los invitados a su casa la víspera de su suicidio escribió:

Amigo del lujo, catador finísimo, experto instintivo de todo lo excelente, su naturaleza no pudo avenirse jamás con la pobreza, con esa pobreza amada orgullosamente por los Caros, amiga dilecta de Pombo, querida bohemia de Flórez. No sentía él cómo pueden escribirse en un cuarto pobremente amoblado, para imprimirlos luego en mal papel de un diario político, versos que soñaba editados en el pasaje Choiseul por Alphonse Lemerre, o para leerlos a un corto grupo de amigos comprensivos y bien vestidos de sobremesa de un banquete, en su biblioteca donde no faltaría un solo detalle marcado honda y discretamente con el sello de su personalidad; o después de un almuerzo en el parque de su residencia de campo, un parque con prados de ese verde profundo que sólo dan los siglos; con sombras de cedros y nogales que se suponen plantados por remotos bisabuelos; con humedades emanadas de los rincones que no toca jamás el sol. Un parque como el de uno de sus favoritos, Alfredo Tennyson, cuyos límites no se adivinen con precisión; una mansión cuya despensa estuviera muy lejos de la biblioteca y del salón a donde el menudo detalle de la vida diaria llegara amortiguado por el respeto ceremonioso del señor intendente.

Además de las recientes biografías, existen varias compilaciones de escritos sobre Silva. Fernando Charry Lara recogió para PROCULTURA la mejor de la crítica sobre el poeta en *José Asunción Silva, vida y creación*. Cobo Borda ha reunido tres volúmenes con materiales de las más diversas procedencias, uno con el título de *Silva, bogotano universal* y dos llamados *Leyendo a Silva*. La Biblioteca Ayacucho editó una edición de su *Obra completa* bajo la dirección de Gustavo Mejía y Eduardo Camacho Guizado, y la UNESCO otro, ya mencionado, dirigido por Héctor Orjuela.

Cuando redacté la primera vez estas páginas que ahora reescribo, atribuía buena parte de la existencia del mito a la carencia de biografías. Hoy puedo invertir el argumento y afirmar que las biografías han contribuido a acrecentar el mito Silva. Cano Gaviaria leyó su vida como un argumento literario, Santos Molano edificó una hagiografía, Orjuela urdió los hilos dispersos de la leyenda y Vallejo, en prosa nerviosa y magistral, desnudó sus debilidades en el manejo del lujo y el dinero, pero acaba diciéndonos que “lo sigo viendo como siempre, con ojos de amor de niño”. Es la misma actitud de todos los colombianos, como nos lo relata don Álvaro Mutis

en una conversación con su maestro de literatura, Eduardo Carranza, que le aconsejaba “no abandones la frecuencia de esa poesía. Haz que Silva te acompañe toda la vida”. Mutis añade:

Le expresé luego algo que ya entonces me perturbaba en extremo: la imagen oficial de Silva como un *dandy* ocioso y lleno de melindres y cuya egoísta vanidad había causado la quiebra de su padre. Veo el rostro de Eduardo, como si fuera hoy, con una mezcla de fastidio y pena en sus facciones. “No hagas caso de esas necedades; a estas alturas la única manera de conocer a Silva es a través de su poesía. Olvida el resto”.

Tanta información, pues, no le ha quitado nada al tono, al clima, a esa atmósfera irrecuperable y evanescente que tiene su vida. Por lo que a mí respecta la leo —lo que sabemos de su vida— como la vida de un hombre que nunca perteneció ni a su clase social, ni a su ciudad, ni a su tiempo, ni al establecimiento literario.

Vamos a los hechos: cuando Silva muere, Rafael Pombo, el poeta oficial por excelencia, le escribe a Rufino y Ángel Cuervo, que están en París, comunicándoles la noticia. Pero no les cuenta de la muerte de un poeta. Es más, Pombo parece no conocer versos de Silva. Pombo les habla del suicidio del hijo de don Ricardo, les habla de un joven de sociedad. Silva no pertenecía a la república literaria de la Bogotá de la época.

Don Ricardo tenía un almacén para ricos. Hasta en esto su familia se tomaba sus distancias. En un aviso de 1880 (*Diario de Cundinamarca*) ofrece vestidos completos de paño negro fino, calzado de cuero inglés y paños de fantasía. En 1886 la empresa se llamaba “Almacén R. Silva e hijo” y anuncian (*El Telégrafo*) que “en la última semana han estado abriendo... un lindo surtido de mercancías francesas, comprado personalmente en París, y que continúa llegando” y ofrecen “mantillas de cachemira y de crespón... ropa fina para hombres y joyas de oro”. La familia también se tomaba su distancia en la forma de educar a José Asunción. Más las lecciones particulares que la escuela (que, además de impartir instrucción, genera el sentimiento de pertenencia a una institución); la educación de nuestro poeta se completará en París. Y esta distancia tenía unos signos ostensibles, era tan explícita como una manera de vestir. Arias describe a un José Asunción de doce años,

vestido de terciopelo traído de Europa y cortado sobre medida, sus guantes de cabritilla siempre calzados, sus zapatillas de charol, sus flotantes corbatas de raso, su reloj de plata, pendiente de bellísima leontina de oro, y sobre

todo (detalle único entre los niños de esos tiempos) su cartera de marfil en la cual guardaba tarjetas de visita litografiadas.

Esto era a sus doce años.

Así fue educado. En un mundo aparte, haciendo énfasis en sus diferencias más que en sus semejanzas. De la mayoría y de entrada era distinto ya por ser rico. Y de los demás ricos por ser culto, porque su padre era culto; de ricos y pobres, porque era bello. Porque había viajado, conocía a París en un medio en que el más universal de los colombianos (Caro) no había salido de la sabana de Bogotá en toda su vida. Y todas estas primeras diferencias eran vividas a conciencia, al punto que su apodo señalaba su actitud preponderante: *José Presunción*. Cuervo Márquez deja testimonio de lo que podría parecerle nuestro a los demás jóvenes de la clase alta bogotana “aquel tipo un tanto excéntrico que no gustaba del licor, que no había aceptado el hacerse socio del Jockey Club, que no daba puñetazos y que era incapaz de montar un potro bravío y de ganar la carrera de honor en el hipódromo de la Magdalena”. Y más de diez años después de su suicidio en la novela *Pax* lo llamarán *S.C. Mata*.

Coincidencia infeliz: su distancia, su rareza, su *dandysmo*, no le permitieron obtener cierta largueza de parte de sus acreedores. Ahí vino su ruina económica. La antipatía precipitó la quiebra. Dice Cuervo Márquez: “Poseía muchas relaciones, carecía de amigos”.

Vale la pena aclarar otro equívoco. Silva no se arruinó comercialmente porque él fuera poeta. Silva heredó una quiebra y no había salido de ella cuando murió.

Coincidencia feliz: todo este individualismo, esta arrogancia de origen y de personalidad coincide con una época en que circula en el mercado de las actitudes, la actitud *per se*, el *dandysmo*, el respaldo perfecto para lo que era José Asunción Silva, la ideología del asunto.

El *dandysmo* es pose, distancia. Hay cierta arrogancia de ilusionista en darle valor de contenido a la forma, pero también el asunto puede leerse (la comparación parecería típicamente modernista) como el comportamiento de ciertas especies, principalmente de insectos, que adoptan una forma singularmente temible, al punto de que el adversario no los ataca, no se atreve, aunque en realidad sean patéticamente inofensivos. El *dandysmo* es, pues, en Silva, refugio de tímido, amparo del solitario que no tiene sentido de pertenencia

a ningún grupo, cortina de humo para ocultar la carencia de intimidad, parapeto para escribir unos poemas que cambiarían el aire de toda la poesía colombiana.

El *dandy* no se permite emociones. Son de mal gusto. Acercan en lugar de distanciar. Por esto, el lirismo del *dandy* no es emotivo. El *dandysmo* de Silva sale a relucir en ese quiebre sarcástico de la emotividad que tienen las *Gotas amargas*.

Muchas veces la falta de datos es, en sí misma un dato: ante la ignorancia sobre la vida personal de Silva —vida sentimental, vida sexual— en lugar de hacer hipótesis que la *garçonnière* que tenía, que las venéreas, ¿por qué no aceptar como verdadero el dato de que no tuvo vida íntima, que ése fue uno de los precios que pagó por su aislamiento? Aquí vale la pena recordar el otro apodo que le tenían los bogotanos: ‘la casta Susana’. Estamos en el terreno de las conjeturas y así como sería posible probar que tuvo tal o cual amante, este o aquel romance de ocasión, el hecho real es que no ha aparecido comprobación de ninguno. Y mis lecciones de derecho probatorio me enseñaron que no se pueden aportar pruebas negativas, que es imposible demostrar que no tuvo amantes. Bienaventurado, pues, el terreno conjetural: no, tampoco tuvo relaciones íntimas, estaba distanciado por educación, por clase y por pose de *dandy* y también estaba solo.

¿Quiénes integran el *establishment* literario de su época? Genres que acaso tengan que ver socialmente con Silva. Por conservadores, por clase alta. Caro, por ejemplo, que es la primera autoridad de Bogotá en todos los terrenos. O Pombo. Entre los jóvenes el más notable es Julio Flórez. El hecho es que en el terreno de los gustos literarios, ninguno tiene nada que ver con Silva. De él, como poeta, se habla cuando ya es un cadáver. En fin, el asunto es recíproco: ni la república literaria estuvo interesada en él, ni él en la república literaria. Y esto fue bueno para ambos porque no la perjudicó a ella y le ayudó a él. El establecimiento, por un lado (ese aparato de poder que va paralelo a la poesía, las academias, la prensa, los otros poetas, lleva su propia velocidad) sólo consagra poetas muertos o poetas viejos: en Colombia no ha habido vanguardias que canonicen poetas jóvenes. Y a Silva, por otro lado, le ayudó no pertenecer al establecimiento literario porque así se vio libre para hacer cosas que los cánones no permitían, y tuvo las referencias culturales propias y nuevas, principalmente francesas, que un medio como el nuestro ni siquiera conocía.



No ser figura reconocida en el mundo de las letras era algo que no afectaba demasiado a Silva; quien a su vez despreciaba su medio y se consideraba superior a él. Silva tenía el reconocimiento de aquellos que le interesaba que lo reconocieran y que, a estas alturas, 1890, no formaban parte del establecimiento. Las listas que se hacen de sus contertulios comprenden más a algunos pocos jóvenes: Sanín Cano, Carlos E. Restrepo —el futuro presidente— Max Grillo, Gómez Restrepo. Salvo la antología de 1896, *La Lira Nueva* (que incluyó más al hijo de don Ricardo que al poeta mismo), Silva no apareció en vida en ningún libro. Ni mucho menos en su propio libro. Su única lectura pública, su único recital, tiene más connotaciones de compromiso social y diplomático que de acontecimiento literario: el joven ex diplomático colombiano en Caracas lee su poema a Bolívar en la legación venezolana de Bogotá. Estamos en 1895. El acto no tiene nada de velada literaria. Silva mismo no declama. Los testigos han declarado que “decía” sus versos sin entonación de declamador, que parecían conversados.

Definitivamente no pertenecía a nuestra república literaria.

El 12 de abril de 1864 fue asesinado José Asunción Silva en la hacienda Hatogrande, de su propiedad, actual casa campestre de los presidentes de Colombia.

Faltaba año y medio para que naciera José Asunción Silva, nieto del muerto. Pero el crimen fue demasiado importante —al punto de que cronistas de su época lo revivieron— y el parentesco demasiado cercano como para que no se relacionara con esa tragedia en la Bogotá de entonces. En vida de José Asunción esta historia sangrienta también lo diferenciaba. El razonamiento sería del tipo *su-rareza-le-viene-de-familia*. Muerto con la leyenda del suicidio, sí que el aura trágica lo singularizaba y contribuía a su fama de poeta: en la mentalidad de la sociedad romántica (y la nuestra sigue siéndolo) el suicido del escritor convalida la obra, legitimándola. Un hecho exterior a la poesía (como un disparo) acaba mejorando los versos. Como en la teoría de William James sobre Dios, no importa si el suicidio existió: lo importante, aunque no haya existido, es que es útil para su imagen de poeta.

En 1995 se cumplieron cien años del suicidio de Silva. Un billete de cinco mil pesos lleva su retrato y dibujos alusivos a su *Nocturno*, que puede leerse con una lupa sobre el papel moneda. En los muros de Bogotá una silueta tamaño natural, una silueta negra con un corazón blanco, recuerda a José Asunción, las huellas de sus pisadas, pintadas de color blanco, recorren del almacén a su casa. Los niños

hacen la tarea en las cinco exposiciones que cuelgan en diferentes bibliotecas y repiten sus versos con gracia y automatismo. Afiches anónimos en las carteleras repiten fragmentos de sus versos, una noche, una noche toda llena de murmullos, los poetas jóvenes le rinden su homenaje, se filma una película, los ex presidentes opinan sobre el poeta, José Silva, que detestaba el “Asunción”, desciende otra vez sobre nosotros.